

Tránsito

Antonia Bueno

Desde la más profunda oscuridad surge el «Réquiem» de Mozart, llenando el silencio como una ola imparable e inercial. Sobre sus aguas llega naufragando el chirrido de un teléfono que grita insistente a los transeúntes de la orilla. La luz de la certeza cotidiana va bañando el paisaje, presidido por la pequeña y tibia cama donde ELLA duerme.

De nuevo, una mañana más, la luz ha vencido su duro combate contra las tinieblas. ELLA se despide de sus sueños y coge el teléfono.

VOZ ÉL.- ¿Estás ahí?

ELLA.- Claro, ¿dónde iba a estar?

VOZ ÉL.- Pero... ¿no has leído los periódicos?

ELLA.- Sabes que no tengo tiempo para esas cosas.

VOZ ÉL.- Lamento tener que decírtelo así, de golpe. Cristina... has muerto.

ELLA.- Vamos, Víctor, no me hagas reír. Es de muy mal gusto gastar estas bromas pesadas así, de madrugada.

VOZ ÉL.- Cristina, querida... No es madrugada. Son las doce del mediodía, luce un sol radiante de Mayo y tú ya no puedes estar ahí... porque has muerto ayer.

ELLA.- Mira, Víctor, voy a tener que colgarte. Tengo muchas cosas que hacer y no puedo entretenerme con tonterías.

VOZ ÉL.- Como quieras. Nos vemos dentro de un rato... Es decir, dentro de poco pasaré a visitarte.

ELLA.- Claro y tráeme unos crisantemos. Mejor unas rosas, sabes que son mis flores predilectas. Ah, y tráeme también el periódico, quiero enterarme de... como sucedió.

VOZ ÉL.- Sí, Cristina. Cristina... te quiero. Sólo ahora puedo decírtelo. Siempre te quise y siempre te querré. Más que a nada en el mundo. Y creo que no podré soportar tu

ausencia.

ELLA.- Vamos, Víctor, no te pongas melodramático. Vaya, esto sí que es toda una noticia de primera página. Ah, y tráete también unos pastelitos. Te invito a café. Café bien cargado, de ese que me gusta. Como tú dices, capaz de despertar a un muerto.

VOZ ÉL.- Cristina, no hables así... Me hace daño oírte.

ELLA.- Te espero. Voy dándome una ducha y preparando el café.

VOZ ÉL.- Hasta pronto. **(Después de colgar ELLA el teléfono.)** Mi amor.

(El «Réquiem» va adueñándose de nuevo de la habitación. CRISTINA canturrea y danza enarbolando una zapatilla con énfasis histriónico.)

CRISTINA.- ¡Voluntad enfermiza! Dame ese puñal. Los que duermen y los muertos son simples imágenes vanas. Sólo el ojo de un niño tiembla ante una estampa del diablo. Si todavía sangra, teñiré de esa dorada sangre las caras de los centinelas, porque es forzoso que este crimen pase como suyo.

(Se dirige a la cama donde estuvo echada y clava con saña la zapatilla, asesinando impunemente a la almohada dormida.)

Ya están mis manos del mismo color que las vuestras; pero yo no me avergonzaría de tener un corazón tan pálido.

(Es el timbre de la puerta quien irrumpe ahora con sus graznidos.)

Llaman a la puerta sur. Un poco de agua bastará para lavar esta hazaña. ¡Escuchemos!

(El timbre aúlla insistente.)

Vestiremos nuestra ropa de noche, no sea que se descubra que hemos estado de vela.

(Se coloca una bata por encima y abre la puerta, por donde irrumpe una formidable y anacrónica anatomía. Es MACDUFF, noble escocés.)

MACDUFF.- ¿Tan tarde te acostaste ayer, para levantarte con tanto atraso?

CRISTINA.- Yo...

MACDUFF.- ¡Vamos, contesta!

CRISTINA.- Ese parlamento no es mío...

MACDUFF.- Tú ya no eres quien tú piensas. La rueda de la fortuna giró por enésima vez, querido portero de la mansión de Macbeth. Se está haciendo tarde y la escena tercera debe continuar.

(CRISTINA lucha por traer a su lengua las arcaicas palabras.)

CRISTINA.- ... Por mi fe, señor, que estuvimos de jarana hasta que cantó el gallo por segunda vez. Y el beber mucho es causa de tres cosas.

(Cada vez con más fluidez, las palabras van llegando hasta ella.)

MACDUFF.- ¿Qué tres cosas son esas?

(Las imágenes la embriagan con su verborrea chispeante.)

CRISTINA.- Caramba, señor: Pone la nariz colorada, da modorra y hace orinar.

(Las risas de ambos son acalladas por el timbre, que nuevamente devuelve a CRISTINA a sus parámetros cotidianos, presididos ahora por la figura de VÍCTOR con el periódico y un ramo de rosas.)

MACDUFF.- ¡Noble señor, buenos días!

VÍCTOR.- Buenos días a ambos.

(CRISTINA huele las rosas y las abandona descuidadamente en manos de MACDUFF, para apresar el diario y hojearlo ávidamente.)

CRISTINA.- ¡No es posible!... ¡Qué increíble!... ¡Jamás lo habría pensado! «La actriz Cristina Arteaga ha muerto el día de ayer...» Pero, realmente es... ¡Una vergüenza! ¡Ni siquiera en primera página! Tan sólo una columnita perdida entre las críticas a los últimos estrenos y las corridas de San Isidro...

MACDUFF.- Perdone... ¿Podemos continuar?

CRISTINA.- No, señor. Usted se calla, que ya me está hartando con tanta insensatez.

MACDUFF.- Pero, la función...

CRISTINA.- La función me importa un bledo si yo no soy Lady Macbeth. (Vuelve con fruición al periódico, que le devuelve una mirada de desdén.)

...Si mi papel se limita a unas escasas líneas rápidamente hilvanadas en un rincón de la página de espectáculos.

VÍCTOR.- Cristina...

CRISTINA.- Mira, Víctor, esto se avisa. Sabes que no me gustan las improvisaciones. El teatro y la vida tienen que estar medidos... organizados. Porque, vamos a ver, ¿qué hago yo ahora?... ¿en qué me baso?... ¿dónde me apoyo?...

MACDUFF.- Disculpe, señora. Tal vez, si continúa leyendo... ejem... la nota necrológica... encuentre algún punto de apoyo, una motivación que le permita acercarse a su personaje; lo que, por otra parte, también será de gran importancia para mí y para este caballero, a los que, por cierto, no sé... ejem... quién nos ha dado vela en este entierro... ejem.

(CRISTINA le fulmina con la mirada y continúa leyendo.)

CRISTINA.- «Se desconocen las causas de la muerte...»
¡Vaya, pues esto sí que va a resultarnos de gran ayuda!...
«La querida...» Bueno, esto ya está un poco mejor «... y llorada...» ¡Menos mal! «... actriz apareció muerta en su cama, sin detectarse señales de violencia que pudieran inducir a sospechar la intervención de alguna otra persona. La fallecida vivía sola...»

(Sus ojos se pierden en los senderos periodísticos para reaparecer en aquel lejano y frágil territorio de una infancia ya olvidada.)

Siempre el miedo. Cada noche la misma e inacabable cadena de pesadillas. Cada noche buscando a mamá, llamándola desconsoladamente... Pero, mamá nunca viene, nunca vuelve sonriendo al pie de mi cama para cogerme en sus brazos y llevarme a su lecho grande y oloroso, más allá del terror...

(Una sonrisa triste la devuelve al presente. Continúa leyendo.)

«Se casó, aunque de todos era conocida su espléndida belleza y el gran número de admiradores que cada noche la aplaudía y elogiaba...

(De nuevo la tristeza del recuerdo.)

Cada noche... ¡qué mudo el teléfono!, ¡qué parco en besos y caricias!... ¡Qué acompañada soledad!

(De regreso al obituario.)

«Su cuerpo reposa en el Tanatorio Municipal, desde donde partirá mañana el duelo hacia el cementerio...» ¡Pero, bueno! ¡Víctor, eso sí que no! Habíamos quedado en que, si alguna vez... Mis cenizas serían esparcidas en el sagrado escenario de Delfos, en la colina griega, bajo los elegantes cipreses que aún conservan los ecos de mi Medea... ¡Víctor, esto no te lo perdonaré nunca!

VÍCTOR.- Pero, mujer, esas cosas luego no resultan tan fáciles como tú pien... pensabas.

MACDUFF.- Perdona, señor director. Digo yo que aquí no pinto mucho, es decir, no pinto nada. Y me siento ridículo con estas calzas en mitad de una trama tan absurda y descabellada... Además, con tanto lío, seguro que esto ni se computa como ensayo, ni me dan dos duros, ni de alta en la Seguridad Social, que es lo que realmente...

VÍCTOR.- ¡Bueno, basta ya! Tome y lárguese a otra función donde tenga algo más que ver que en ésta.

(MACDUFF **coge el dinero y se despide.**)

MACDUFF.- Señores... ¿qué les voy a decir...? Que les acompaño... en fin, que les deseo un buen día y, como suele decirse: «mucha mierda» en esta función tan... rara... tan atrevida y tan moderna. Que ustedes lo pasen bien.

(**Desaparece con una absurda reverencia.**)

VÍCTOR.- ¡Al fin, solos! Mira, Cristina, no me ha gustado nada tu parlamento de Lady Macbeth, me ha resultado totalmente histriónico, demodé. Cristina, Cristina, estamos con un pie en el tercer milenio... el ritmo tiene que ser más vivo...

CRISTINA.- ¡Más vivo...!

(**Riendo a carcajadas.**)

Pero, mi querido, mi queridísimo Víctor. ¡Yo estoy muerta! ¿Recuerdas? Eres tú, mi dramaturgo y director insigne, quien me ha matado antes incluso de comenzar el primer acto. Un recurso, lo reconozco, ingenioso, aunque algo arriesgado. ¡Así que quieres que una muerta haga una interpretación viva!... Valiente paradoja. Déjame que me sienta, estoy muerta... de risa. Además, tu parlamento sobre los bosques de cipreses en Delfos es la cosa más cursi que uno pueda imaginarse...

(**Declama histriónica.**)

... Los elegantes cipreses que aún conservan los ecos de mi Medea...

VÍCTOR.- Está bien. Creo que mi experimento se ha salido un tanto de los cauces. Perdóname, no volveré a hacerlo.

CRISTINA.- ¿No volverás a... matarme? Gracias, muy galante por tu parte. Recuérdame que te mande un presente de agradecimiento desde el infierno.

(**VÍCTOR agacha la cabeza, avergonzado. CRISTINA le acaricia cariñosa.**)

Pero, mi amor, si no es eso lo que me molesta. Sabes que siempre me cautivaron las escenas de muerte.

(**De nuevo, declamando, ahora en otra tesitura más lírica,**

un monólogo de Ofelia.)

Blancos paños le vestían
como la nieve del monte,
y al sepulcro le conducen
cubierto de bellas flores,
que en tierno llanto de amor
se humedecieron entonces...

VÍCTOR.- Cristina, amor mío, perdóname.

CRISTINA.- (Continúa declamando.)

¡Ay, mísera! ¡Cielos!
¡Torpeza villana!
¿Qué galán desprecia
ventura tan alta?
Pues todos son falsos,
le dice indignada:
Antes que en tus brazos
me mirase incauta,
de hacerme tu esposa
me diste palabra.
Y abriendo sus puertas
entró la muchacha,
que, viniendo virgen,
volvió desflorada.

(Dirigiéndose de nuevo a VÍCTOR.)

Cariño. No me importa morir en escena. ¡Me encanta! Lo que me molesta es que me mates antes de comenzar la función.

VÍCTOR.- Me siento absolutamente ridículo. ¿Cómo podré arreglar este imperdonable desatino?

CRISTINA.- Rompiendo el hechizo...

(Despojándose de la bata, se tumba de nuevo en la cama, reproduciendo la posición del comienzo.)

Haciendo migas el libreto. Destruye tu querido texto y yo volveré a la cruel y aburrida vida de siempre. Y nos seguiremos queriendo y odiando tediosamente por los siglos de los siglos...

VÍCTOR.- (Absorto.) ...Amén.

(Ambos se funden en un abrazo de risas incontenibles.)

CRISTINA.- Amén...

(La oscuridad va adueñándose de la escena y el

«Réquiem» se alza de nuevo, arrullando la intimidad de dos enamorados.)

MURMULLO ÉL.- Pues, yo creo que no estuvo tan mal. Después de todo, un experimento...

MURMULLO ELLA.- Calla y bésame... y abrázame por los siglos de los siglos...

MURMULLO AMBOS.- Amén.

(Ríen felices, sumergidos en la caducidad del amor.)

MURMULLO ÉL.- Cristina... ¿Cristina...? ¡Cristina!
¡Oh, Dios mío! Responde, di algo... Déjate de bromas, joder... Cristina... ¡Cristina!

(El «Réquiem» atruena el oscuro paraje, que vuelve a iluminarse fugazmente para mostrar la cama donde aquella misma CRISTINA del comienzo reposa. El teléfono vuelve a sonar. La mano de nuevo se dirige al teléfono. Y, como en una pesadilla circular, en un sueño recurrente, recomienza la duda, el sueño soñado, el comienzo de una nueva quimera...)